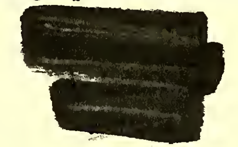
The Library
of the
University of North Carolina



Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies


[redacted]

BVO
EM

PQ 6217
.T44
v. 128
n. 1-19



THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
v. 128
no. 1-19

E
on

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/asevillajuguetec1281cost

876

ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA

¡A SEVILLA!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

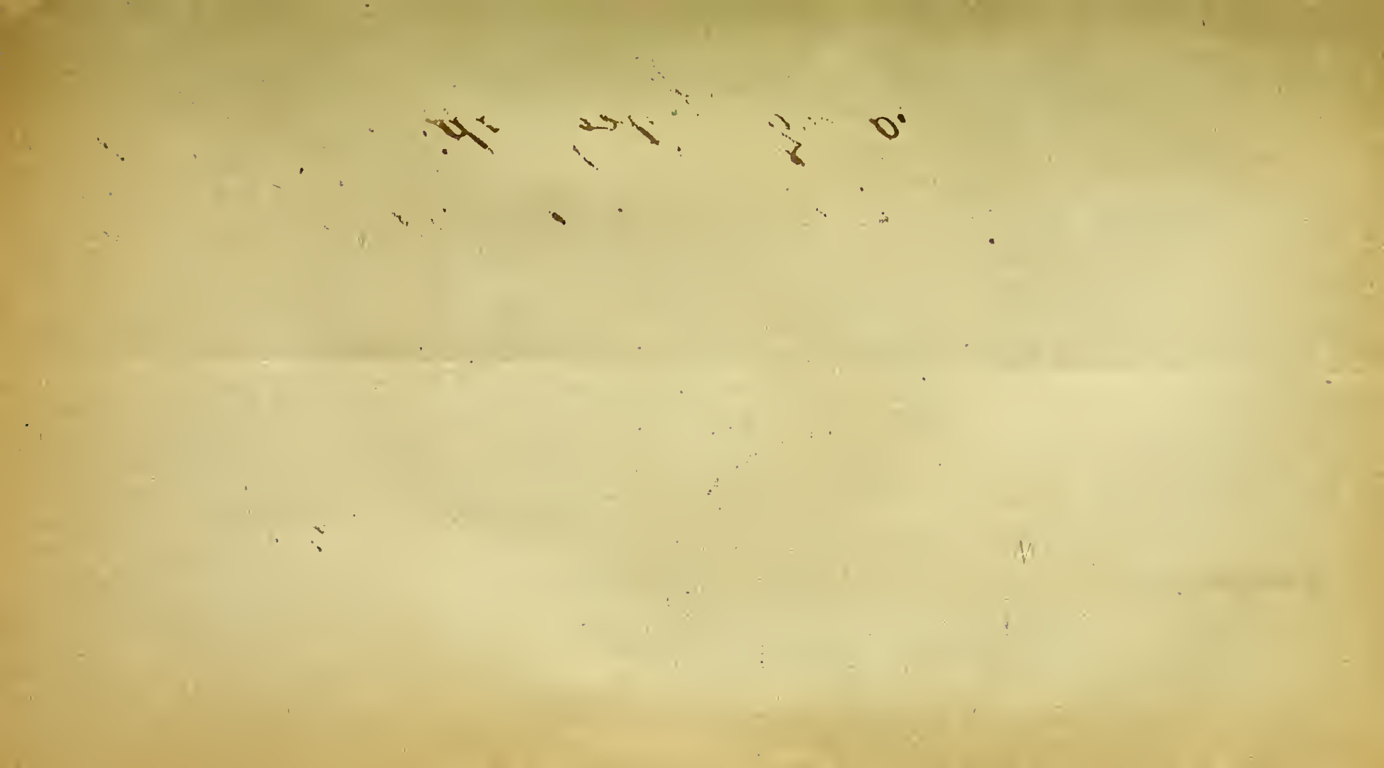
original de

CÁNDIDO COSTI Y ERRO



MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO

1887

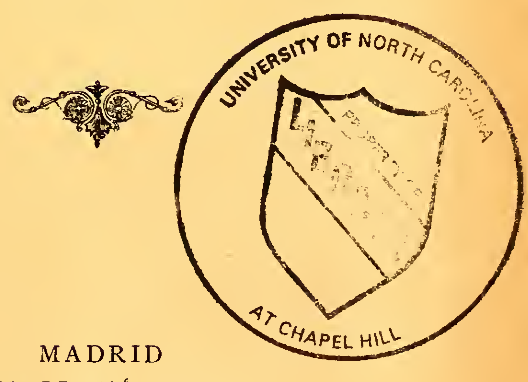


¡A SEVILLA!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

CÁNDIDO COSTI Y ERRO



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ M. DUCAZCAL
Plaza de Isabel II, núm. 6

1887

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática, perteneciente á D. Eduardo Hidalgo, son los encargados de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Siempre que los Sres. Romea y Arana, constituídos en empresa, bien sea juntos ó separadamente la pongan en escena, satisfarán solamente el 50 por 100 de los derechos de propiedad.

Á sus distinguidos amigos Don Julián Romea y Don Pedro Ruiz Arana, tiene el gusto de dedicarles esta pobre producción, que espera el éxito en la ejecución,

El Autor.

Madrid 1.° Febrero 1887.

PERSONAJES

EDUVIGIS (vieja ridícula de 50 años).
ROSA (su hija, de 18 años).
HERMÓGENES (padre, de 60 años).

(1)
- DON JULIÁN ROMEA
  - Panarra.
  - Melgares (2).
  - Jefe de Seguridad (tipo y uniforme militar).
- DON PEDRO RUIZ ARANA
  - Guillao.
  - Bizco del Borge (2).
  - Jefe de Vigilancia (tipo civil).

ARTURO (novio de Rosa).
UN CAMARERO.

Tocadores, cantadoras, chulos y chulas.

La escena pasa en Sevilla en la actualidad.

(1) La Empresa que ponga en escena esta obra necesita el permiso de estos señores para usar sus nombres, y en otro caso adecuarlos al de su personal.
(2) Cuando haya decaído la triste celebridad de estos bandidos puede adecuarse á otros de actualidad.

ACTO ÚNICO

La escena representa el patio de una fonda de Sevilla, en la que en verano son gabinetes de lectura, recibimiento, café, etc.—Macetas de flores y otros adornos, veladores y sillería repartida por la escena.—Decoración cerrada de casa blanca á no haber otra á propósito, y dos puertas á cada lado numeradas, empezando por el 1 á la derecha del actor y el 4 á la izquierda. Cuadro llavero, llamador eléctiico, anuncios de vapores, toros y demás propio de estos establecimientos y época, ó sea la feria de Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

ARTURO y CAMARERO.

CAMARERO. No pué ser, señorito. Bien sabe Dios que á ser posible le haría la rebaja que píe, siquiera por la confiansa con que me ha jablao, y mejor que á otros que vienen de mucha fachenda y echándoselas de prinsesos y dan ca petardo que ni de dinamita.

ARTURO. De modo que...

CAMARERO. Cuarenta riales hoy, y ende mañana Domingo é Ramo jasta er veintiuno que sacaba la feria, á ochenta riales.

ARTURO. (¡¡¡Atiza!!!)

CAMARERO. Y ya ve osté; y con buya. Míe osté: ende jase un mes tenemos comprometío el número cuatro que tié reja á la caye Rioja pa un banquero é Madrí que viene con su señora y con su niña, un tal Don... aspere osté... Don Hermógenes Quincoses...

ARTURO. (¿Me lo dices, ó me lo cuentas? ¡Valiente banquero!... ¡Prestamista de la calle de la Comadre!... ¡Mi futuro suegro!...) Sigue, sigue,

609299

CAMARERO. Aquí en el dos, con comunicasión ar pasiyo, están dos cómicos, pero... no de á la legua... ¡de buten!...

ARTURO. De hecho, no son racionistas cuando pagan cuatro duros diarios.

CAMARERO. No, señó. Como vienen por temporá, pagan sólo lo diario. E isir, treinta riales.

ARTURO. Eso es tener conciencia. ¿Sabes cómo se llaman?

CAMARERO. Sí, señó. Se yaman... se yaman D. Julián Romea el uno, y el otro chiquitín, pero mu vivarachiyo, asín como cosa de araña.

ARTURO. Vamos, Don Pedro Ruiz Arana.

CAMARERO. Er mesmo.

ARTURO. Les conozco mucho. Intimos amigos y dignos el uno del otro como tales, como actores y como caballeros.

CAMARERO. Pus ya ve osté si er viví con tan buena gente vale los ochenta riales...

ARTURO. ¿Y están en su cuarto?...

CAMARERO. Sí, señó; pero durmiendo, poique han estao en Silverio jasta er amanesé cogiendo tipo é costumbres... (Con intención.) pero lo que han piyao ha sío una mona... rabona.

ARTURO. ¡La manzanilla es muy tentadora! Avísame cuando despierten.

CAMARERO. ¿Es osté también der teatro?

ARTURO. Del gran teatro social, en el cual todos tenemos dobles papeles. Tráeme una copa.

CAMARERO. ¿De qué, señorito?

ARTURO. Un ajenjo para abrir las ganas de comer. (Mutis camarero foro.)

ESCENA II.

ARTURO.

(Sentándose.) ¡Cómo saldré del berengenal en que estoy metido!... Cuatro duros diarios de fonda y cerca de un mes de estancia en ella!... ¡¡¡Cinco duros por todo capital!!!... ¡Que va-

RBC NcU

yas! ¡Que no faltes!... frases de la carta de Rosita, mi bello ideal, que con sus diecisiete años y unos veinte mil duros de dote ha emocionado y conmovido todo mi sér con la fuerza de una poderosa batería eléctrica... Verdad que veinte mil duros constituyen una potente batería con veinte hermosas pilas que nuestros antepasados, ignorantes del tecnicismo de la ciencia moderna, llamaban talegas, como si se tratara de costales de cebada... Además, mi Rosa es divina, preciosa. Nada de exageración, señores; ustedes la verán. Doña Eduvigis, la mamá, estrafalaria, ridícula, criada entre manteos, destrozando más cuentas de rosario en los jubileos y procesiones que un niño goloso confites. No hay sacristán en Madrid á quien no conozca por su nombre; de quien no sepa su historia, inclinaciones, temperamento... Es una verdadera rata sacristanesca... Esta es mi futura mamá, señores... Vamos á mi papá... ¿Han visto ustedes una tira de mojama antes de hacerla cachitos el vendedor?... Ese es su tipo... Seco, escuálido, arrugado, cara repulsiva, ceño adusto y mirada terrorífica... ese es mi futuro papaíto. Asturianote de abolengo, de trato reservado, mezquino, egoista, digno émulo de la profesión á que pertenece de prestamista, habiendo pasado desde su mocedad la vida detrás del mugriento mostrador de *La Humanitaria*, única en su clase para despellejar al pobre que traspase su incolora mampara.

ESCENA III.

ARTURO y CAMARERO, con el servicio.

CAMARERO. Señorito, he tardao un poco porque el Dispetor del distrito me ha estao preguntando sobre la gente que hay en casa.

ARTURO. ¿Buscan quizás algún pájaro de cuenta?

CAMARERO. Sí señó, pero trabajillo les mando, poique son

ligeros como la golondrina y temibles como el águila. Como que toa la guardia sevil y la polisía no han podío con eyos.

ARTURO. ¡Diablo!

CAMARERO. La chipén. Er Biscò del Borge y Mergares.

ARTURO. Que hacer ha caído á las autoridades. Son capaces de ir de nazarenos en la cofradía que presida el Gobernador.

CAMARERO. Son unos temerarios... y de pelo en pecho.

ARTURO. Allá se las hayan. Vamos á lo que á nosotros nos interesa. ¿Quieres ganar cinco duros?

CAMARERO. (Con desconfianza.) ¿Qué ise osté? ¡Me paese que no le he oído bien!

ARTURO. (Sacando los cinco duros y haciéndolos sonar ahuecando las manos.) ¿Y ahora? ¿Oirás bien?

CAMARERO. Pus ya lo creo... Si sigue osté con ese repiqueteo voy á bailar seguidiyas manchegas... ¿Jabrá istrumento más sentimental?

ARTURO. Tuyos son.

CAMARERO. (Bambaleándose.) No me gaste osté esas bromas, poique mataco é los niervos. (Alargando la mano.)

ARTURO. ¿Estás dispuesto á hacer lo que te diga?...

CAMARERO. (Con recelo.) Poco á poco, señorito. Hay ciertas exigencias... No vaya osté á comprometé mi honrá palabra, y aluego...

ARTURO. Nada te exigiré que no sea regular.

CAMARERO. En siendo rigular...

ARTURO. Escucha con atención.

CAMARERO. Soi toíto oreja.

ARTURO. Tengo una novia muy guapa.

CAMARERO. Y yo otra, señorito. Rigular, rigular.

ARTURO. La quiero con delirio.

CAMARERO. Y yo me la comería como á una perita.

ARTURO. No me interrumpas, guasón.

CAMARERO. ¡Ay qué grasia! ¡Si me jase osté la boca agua!

ARTURO. Ese banquero que está para llegar es su padre.

CAMARERO. Entendío... al avío. (Sígno picaresco.)

ARTURO. Necesito hablarla.

CAMARERO. De mistó. Choque osté: (Se dan la mano.) míe osté: le voy á colar en er tres que tiene comunicasión con er cuatro po una puerta (Arturo se frota las manos.) serrá (Frialdad en Arturo.) po una y otra parte,

pero que... pues... á buena jambre no hay pan duro, y pueen ostés po abajo, po la rendija, orfatearse como los perros.

ARTURO. Me es suficiente en pudiendo pasar una carta.

CAMARERO. ¡No que no!... ¡Con las cosas que sabrán infiltrao de ma velumen.

ARTURO. Toma los cinco duros, malicioso. (Dándole cariñosamente en la cara y los cinco duros.)

CAMARERO. ¿Quién á quién? (¡Si mabrá tomao por lila!) (Se oyen gritos de ¡camarero! en el número 1.) ¡Ayá voy!

ESCENA IV.

ROMEA y ARANA se asoman cada uno al quicio de la puerta en calzoncillos y envueltos en las sobrecamas.

ROMEA. ¡Camarerooooo! (Con voz bronca y guasona.)

CAMARERO. ¡Señóoooo! (Remedándolo.) Paesen ostés las estautas der Comendaor.

ROMEA. ¡Agua!

ARANA. ¡Manzanilla! ¡Un clavo saca otro clavo!

CAMARERO. ¿En qué queamos? ¿Agua ó peleón?

ARTURO. Las dos cosas. Agua para lavarnos y manzanilla para que la bebamos los antiguos amigos. (Mutis camarero foro.)

ROMEA. ¡Manzanito! } (Permaneciendo siempre en el dintel de la puerta.)

ARANA. ¡Pepito! }

ARTURO. Yo en cuerpo y alma, queridos amigos. (Se abrazan.)

ARANA. ¿Qué vendaval te trae por aquí?

ARTURO. El huracán deshecho.

ROMEA. ¿Y tu Rosa de... vientos?

ARTURO. Envuelto en el imán de sus corrientes vengo tras de ella.

ARANA. } ¡Es posible!
ROMEA. }

ARTURO. Sí, pero entremos y os enteraré.

ARANA. Entremos, que el camarero nos servirá por la puerta de escape.

ESCENA V.

DON HERMÓGENES, DOÑA EDUVIGIS Y ROSA; luego camarero.

HERMÓG. ¿Pero no hay nadie en esta fonda? Dejaremos estos embelecos. (Deja sobre las sillas infinidad de bultos de mano.) ¡Ay, Eduvigis! Tenía ganas, después de tantos años de sujeción, de echar una cana al aire, pero estoy reventado. ¡Veinticuatro horas de tren y en tercera!

EDUVIGIS. Me alegro. A tus años no pegan ciertas expansiones.

ROSA. ¿Pero y los camareros? Siéntate, mamá.

HERMÓG. ¡Conque no pegan expansiones, mujercita! ¿Por qué no me habéis dejado venir solo? Por tu gusto debía estar empotrado allá en el mostrador coleccionando pingajos de cigarreras y gente de los barrios bajos reuniendo de ellos colecciones de parásitos.

EDUVIGIS. Eres muy ingrato con la suerte.

CAMARERO. (Saliendo del número 1.) Zeñores, buenos días. Son ostées...

HERMÓG. Don Hermógenes Quincoces y familia.

CAMARERO. Sean bien veníos. Este es el cuarto de ostées: er cuatro.

EDUVIGIS. Anda, marido: vamos adentro con los chismes.

HERMÓG. Ni Jesucristo pasó de la Cruz, ni yo tampoco de esta silla hasta que descanse.

EDUVIGIS. ¡Gandulazo!

CAMARERO. (A Rosa.) (Tenemos que hablar. Traigo una misiva de Don Arturo, que está ayí.) (Señala el 1.)

ROSA. (¿De veras? ¡Ay, qué alegría!)

CAMARERO. (Lo de toas. Ya le empezó á saltar la pajariya.)

EDUVIGIS. ¡Niña! ¡Rosa! ¿Dónde estás? Ven á ayudarme.

ROSA. No te molestes, mamá; que entre el camarero y yo llevaremos estos bultos y cestas.

CAMARERO. (¡Es chica er asa de la que maspera á mí yevar!)

EDUVIGIS. Anda, pues, hija; anda, pero con cuidado. (Que no se derrame el Agua de Barcelona ni el tarro de colorete.)

ROSA. Pierde cuidado, mamá. (Camarero y Rosa mutis número 4.)

ESCENA VI.

DON HERMÓGENES, DOÑA EDUVIGIS.—El CAMARERO sale á los pocos instantes y atraviesa la escena, desapareciendo por el foro.

HERMÓG. Ya nos hemos quedado solos, Doña Eduvigis. ¡Es usted una imprudente!

EDUVIGIS. (Poniéndose en jarras.) ¡Imprudente yo! No me falte usted, señor marido; pues aunque no tengo aquí á Fray Antolín...

HERMÓG. ¡Valiente peine!

EDUVIGIS. Para que saque la cara por mí... no me faltan bríos.

HERMÓG. No se me suba usted á las barbas (Dando pataditas.) ni la paciencia me apure. Bastante tiempo me ha estado barrenando la cabeza con sus caprichos y veleidades. Le retiro á usted el uso de los pantalones.

EDUVIGIS. Los gasto de muletón y ceñiditos...

HERMÓG. Eso será ahora; que antes los gastaba usted como las titiriteras, de seda y nada honestos.

EDUVIGIS. (Cediendo.) Pero dime, Hermogenito, ¿qué cambio es este? ¿A qué esa crueldad? ¿No me quieres ya?

HERMÓG. No admito zalamerías. (Ya va cediendo. Razón tenía mi chula: en enseñándole los dientes y...) (Ademán de pegar.)

EDUVIGIS. ¡Nerón!

HERMÓG. No seas empalagosa. Desde que pensé este viaje, tú y Fray Antolín me traéis loco. ¡Qué tal si hubiese venido solo como pensaba!

EDUVIGIS. (Hay que ceder.) Tienes razón, Hermógenes. No me enfada que te diviertas, sino que lo

que nos ha costado tantos años ganar lo despilfarremos en un momento.

HERMÓG. Lo que tú habrás ganado rodando de sacristía en sacristía... ¿y qué has ganado? volverte loca con tanto consejo á cambio de una jícara de chocolate, y para mí los calentamientos de cabeza y los recuerdos de Fray Antolín y el Padre Ciriaco con sus estampitas y consejos...

EDUVIGIS. Pues todo era para que me dejaras ir con frecuencia al jubileo.

HERMÓG. Mal hecho. La religión en su punto desde luego, pero nunca ridículos fanatismos; así es que, tomándome no sé por qué, no salgo una vez á la calle sin que hombres, mujeres y niños se rían de mí, y, señalándome con el dedo, me gritan como si fuese un bicho raro: «¡Ahí va! ¡Ahí va el caaaaarlistón!»

EDUVIGIS. Apreciaciones tuyas... disgustos imaginarios.

HERMÓG. No, señora; bien marcados y visibles.

EDUVIGIS. Ea, todo al olvido y diviértete, puesto que tú, como dijo el otro, *has arado* el campo que nos ha producido la fortunita que tenemos. Divertámonos con moderación y sin olvidar que tenemos una hija...

HERMÓG. Que no la caso ni con el Czar de Rusia.

EDUVIGIS. Pues creo hay algo entre manos...

HERMÓG. Porque he notado yo también algo la traigo á Sevilla. Pero ojo contigo: mira que te rompo una espinilla.

EDUVIGIS. Pierde cuidado; mas tú, á tu vez, olvida el chuleo (Arana y Romea al paño.) ¡que te vas volviendo un viejo muy verde!

HERMÓG. ¡Volvemos á las andadas! Haré lo que me dé la gana. Para eso he venido á Sevilla. No me iré sin beber manzanilla, y que haya de aquí (Palmas.) y de aquí (Zapateo.)

EDUVIGIS. ¡Qué escándalo! ¡El modelo de virtud y mansedumbre! ¡Qué pícara me lo habrá enchulapado!

HERMÓG. Y diré ¡olé! ¡olé, salero!... (Tirando el sombrero.)

EDUVIGIS. ¡Jesús! ¡Jesús mil veces! (Santiguándose.)

ESCENA VII.

DICHOS; ROMEA y ARANA (al paño).

ROMEA. ¡Éééééh! ¡Que no podemos dormir! ¡Escandalosos!

EDUVIGIS. ¡Ya lo oyes, crapuloso marido! ¡Mira á lo que expones á tu pobrecita mujer!

HERMÓG. (Á Romea.) Si no puede usted dormir, vele usted.

ARANA. Sea usted más amable... ¡estantigua!

EDUVIGIS. ¡Ay! ¡Ay!... Que me dá.

HERMÓG. (Sujetándola.) Vaya usted á paseo, ¡so silbante!

ROMEA. Y usted al tinaón, ¡so vacuno! Haremos que le echen de la fonda por insociable y energúmeno. (Entran y cierran la puerta.)

HERMÓG. ¡Berrrrr! (Hacia la puerta.) ¡Bendita sea mi chula! ¡Qué bien me ha aleccionado!... ¡No hay como echársela de valiente!... Me comía, como Galeote, catorce chulas, para enchularme hasta los tuétanos. ¡Olé! ¡Viva la manzanilla!

ESCENA VIII.

DICHOS y ROSA.

ROSA. Pero mamá, ¿qué escándalo es este?

EDUVIGIS. Tu padre que está loco desde que ha pisado Andalucía. ¡Me lo han chalao!

HERMÓG. Pero no se me cae la baba, ¿lo entiendes?

ROSA. ¡Por la Virgen de la Paloma! ¡Reprimirse! Estamos haciendo un completo ridículo. Alguien se acerca. (¡Mi Arturo!)

ESCENA IX.

DICHOS y ARTURO.

ARTURO. Servidor de ustedes, señores.

HERMÓG. Y nosotros de usted, caballero.

ARTURO. Soy el representante de la casa, y como requisito indispensable necesito molestarles pidiéndoles las cédulas personales.

HERMÓG. Sacando una cartera y después de pequeña pausa.) Eco lo cuá.

ARTURO. (Á Rosa.) (Procura quedarte aqui.) (Tomando las cédulas.) Conforme; pero la policía exige otros datos.

HERMÓG. ¿Exige la nueva Dirección de Seguridad las fotografías y fes de bautismo?

ARTURO. No tanto; mas sí otro dato que no facilitan estos documentos, como procedencia...

HERMÓG. ¡Qué embelecos! Vámonos al cuarto á desempolvarnos (Á Eduvigis.)... Tú, niña, complace á este caballero... (A Arturo.) en lo que te pida.

EDUVIGIS. (Con marcadísima y maliciosa intención.) ¡Niña! ¡Que no tardes!

ROSA. ¡Al momento, mamá! (Mutis al número 4 Hermógenes y Eduvigis.)

ESCENA X.

ROSA Y ARTURO.

ARTURO. ¡Rosa de mi vida!

ROSA. ¡Arturo!

ARTURO. ¿Comprendes sea posible vivir más tiempo en esta continua tortura?

ROSA. Te asiste la razón, Arturo. Mas ¿qué hacer?

ARTURO. Autorizarme, de una vez, á pedir tu mano...

ROSA. Sufrirás un cruel desengaño. Mi padre es refractario á toda idea de matrimonio. Antes un convento, me dice.

ARTURO. ¡Qué obcecación! ¿Y te prestarás á ese sacrificio? ¿No comprendes que es un secuestro? ¿Secuestro que en otra forma castigaría la ley y que aquí lo autoriza un ridículo fanatismo?

ROSA. Comprendo todo el extremo de su rigor. Es más: será mi sentencia de muerte... Si encontráramos un medio de aproximarte á ellos... Que naciera, del trato, la simpatía...

ARTURO. Me he anticipado á tu idea. Escucha. Una vez

que no te prestas al depósito judicial, y aprovechando una feliz coyuntura, casi providencial, voy á poner en ejecución un plan perfectamente combinado entre dos amigos míos que paran en esta misma fonda, y yo; el cual de seguro ha de darnos el fruto deseado...

ROSA. (Con cariñoso reproche.) ¡Arturo! Hacer partícipe de nuestras interioridades y pormenores de familia á otras personas... Al fin son mis padres, y sentiría...

ARTURO. Son personas dignísimas. Actores de fama de Madrid que van á funcionar en uno de los teatros de aquí...

ROSA. Luego la indicación en tu carta, que me ha entregado el camarero...

ARTURO. Sí; pensamos representar una ingeniosa comedia que dé por resultado el alejar la tenaz resistencia de tu padre... Ahora mismo. Dentro de breves instantes presenciarás una fiesta flamenca á cuyo efecto se han avisado á los tocadores y cantadoras de Silverio... Nada temas.

ROSA. Confío en tu palabra y en tu honor.

ARTURO. Y en mi amor, Rosa de mi vida. Verás situaciones amenazadoras, de peligro, al parecer, pero todo será ficción, pura comedia, en la que á mí se me ha repartido el papel de ángel exterminador para salvar á tu padre de los falsos peligros que le preparemos, y de ese modo...

ROSA. Comprendido. Mas repito... (Dentro del 4 ¡Rosa!) ¡Voy, mamá! ¡Adios, Arturo! ¡Él nos ayude!

EXCENA XI.

ARTURO solo.

La cosa marcha. Esto va al pelo. Quejarme de mi suerte sería renegar de mi hado protector... ¡Cuidado que era aflictiva mi situación hace media hora!... En la actualidad, risueña, halagüeña, consoladora... ¡Soy el más feliz... de todos los predestinados! He visto á mi Rosa... La he hablado... marchamos en perfecto acuerdo...

Por otro lado, me encuentro providencialmente con mis amigos Romea y Arana, que no tan sólo se prestan á ayudarme, sino que generosa y espléndidamente me abren sus bolsas... ¡Oh, suerte! ¡yo te bendigo!... cuando vienes derecha... ¡Y va á ser chica con grande la que se va á armar!... Afortunadamente, se presta á nuestro propósito la soledad en que hoy se encuentra esta fonda. Mañana será un hormiguero de viajeros; pero hoy nos encontramos solos, como si dijéramos: en familia.

ESCENA XII.

ARTURO, DOÑA EDUVIGIS y DON HERMÓGENES.

EDUVIGIS. No es nada. No hay que alarmarse. El cansancio... Con una hora de sueño se le quitará.

ARTURO. (Algo alarmado.) ¿Ocurre alguna novedad, señora?

EDUVIGIS. Mi niña, que tiene un fuerte dolor de cabeza... ¡jaqueca!... No es cosa de cuidado. Mi Hermógenes, desde que se casó, la padece continuamente.

HERMÓG. ¡Mucho! ¡Horrorosamente mucho!... ¡Pero mire usted qué rareza! De joven nunca la conocí; pero desde que me casé... Ya se ve, con tanta cavilación, tanto cuidado para sacar una familia adelante ante el cúmulo de obligaciones que asedian á todo un matrimonio, no pasa día que aquí en las mismísimas sienes, sin qne tenga un tenaz y fijo dolor, así como si me quisiera reventar la cabeza por ese sitio...

ARTURO. ¡Fatalidad es!

HERMÓG. ¡Oh! pero es muy bondadosa, muy benigna esa enfermedad. En acostándose á dormir con ese sueño tranquilo é indiferente á todo, desaparece; y una vez y otra, se acostumbra uno, y acaba por consentirse con los dolores, y... pues... familiarizado ya á sus rigores... hay veces que ni guardo cama apenas. (Rumores en el foro.)

ARTURO. Voy, con permiso de ustedes, á ver qué ruído es ese.

ESCENA XIII.

DICHOS; ARTURO, y oportunamente ROMEA y ARANA, seguidos de la gente flamenca.

ARTURO. Los célebres Panarra y el Guillao, seguidos de su gente, dicen vienen á saludar á ustedes que son sus padrinos.

HERMÓG. ¡Nosotros!... (Asombro.)

ROMEA. ¡Pairino! (Abrazándole.)

ARANA. ¡Mairina! (Abrazándola.)

HERMÓG. ¡Canastos! ¿Qué es eso de abrazar á mi mujer?

ARANA. Déjeme osté jaser. Esto y más se meresen mi mairina y osté. (Los abraza y Romea á Eduvigis.)

UNO. ¡Olé! ¡Vivan los garlochís agraesíos!

TODOS. ¡Olé!

EDUVIGIS. Pero ¿qué mareo es este, Hermógenes?

HERMÓG. ¿Y á mí qué me cuentas?

EDUVIGIS. ¿Qué gentuza es esta?

ROMEA. (Exagerando el sentimiento.) ¡Gentuza! ¡Ay, mairina! Me ha destrosao osté con jesa palabra jasta los hipocondrios. ¡Gentusa! Poique venimos presurosos, ar sabé su llegáa, á darle una prueba de agraesimiento... ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! (Sacando un pañuelo para limpiarse los ojos, roto por donde meta la mano, y con ella se los restrega, y limpia luego las nariees con los dedos sin quitar el pañuelo que tendrá en la muñeca metido.) ¡Ay, Jesú! ¡Quién lo pensara! ¡Don Hirmágenes!... ¡Maajoga la penya!... (Se reclina sobre él llorando y Arana intentará hacer lo mismo sobre Eduvigis.)

HERMÓG. Tranquilícense ustedes. Mi señora no ha tenido ánimo de ofenderles... Hágannos ustedes alguna referencia para venir en conocimiento...

ARANA. No zeñó. Ahoritica mesmo nos vamos con er garlochí más oprimío que la consiencia der marvao... Semo presonas mu honrás y de proseer...

ROMEA. ¡Qué egrasia er se probe! ¡Mar buchí me bambolee!

HERMÓG. Serenidad, señores; serenidad. Tranquilizarse. ¡Un vasito de agua, camarero! ¡Agua!

ROMEA. ¡No, pairino! ¡En jamás, desgrasiao! ¿Quié osté morí?

HERMÓG. ¡Pero qué demonios!...

ARANA. Er agua tie microbios. (Al camarero que se habrá presentado.) ¡Mansanilla!... ¡Sien cañas!... ¡Una batea que paesca la Plasa é toro. (Como se da á comprender que todo está preparado, sale el camarero y la saca en seguida.) ¡Mairina! (Á Eduvigis.) Pa osté un boliyo que yo la prepararé.

EDUVIGIS. ¡Y dale con madrina! ¿Quieren ustedes explicarnos cuándo y cómo les hemos sacado de pila?

ROMEA. A eso vamos, mi oña Efigie.

EDUVIGIS. ¡Eduvigis querrá usted decir!

ARANA. Par caso é lo mesmo. Tan arrebesao é un nombre como otro.

ROMEA. Pus como íbamós isiendo, cuando paró er tren estábamos junto ar Emparme asperando que un panoli dejara solo un muliyo á paser para... (Ademán de robar.) pa aser compañía ar probe animá y que no saburriera...

EDUVIGIS. ¡Mire usted qué le importaría al mulo la compañía de ustedes!

ARANA. No lo crea osté, mairina. Lo animale son mu sentíos... Po eso los queremos á ostés...

ROMEA. No me sujete osté la muí, compare Guillao.

ARANA. Chamuye osté, compae Panarra. Pero vamos antes á remojar las fauses der respiraero. (Coge una caña y se la va á dar á Hermógenes, y al ir á tomarla se la quita y dá á Eduvigis.) Aspérese osté, camará. La guena criansa ante too. Achoque osté, pimpoyo... Vaya por su saluíta... (¡Cuidado que es fea la suegra de Manzano!) (Beben todos con gran algazara.)

EDUVIGIS. ¿Que vino es esté? ¡Qué aspereza!

ROMEA. ¡Zeñora Eruvigis! ¡No zea osté sacrílega!

EDUVIGIS. ¿Y qué sacrilegio hay en esto?

ARANA. ¡Cómo no, si é er jugo devino que sa recogió después de la lansáa de Longinos!...

HERMÓG. ¡Qué atrocidades se oyen!

ARANA. ¿Y poiqué? ¿No oye osté esir toos los dias la sangre e Cristo?...

EDUVIGIS. ¡Pero es en el sacrificio de la misa!

ARANA. Po nosotro arrecogimos una poquiya de aque-

ya sangre pa formá las soleras á onde se cría er vino en la tierra de María Santísima.

ARTURO. Desearía, y dispensen ustedes, que no molestaran tanto á estos señores y los dijeran de una vez si les conocen ó no...

ROMEA. Chamuya osté como un misal. Tié osté rasón, compare Guillao. Tú que ere mas chandé que yo, asplícale á los pairinos...

ARANA. En do palabra. Nos hemo conosío en Madrí, á donde nos ha dao osté mucho parné á ganar cuando nos compraba los parlos que... (nicabábamos) (Haciendo ademán de robar.) por la cuarta parte de su valor. En aquella época seguíamos, mi compare y yo, los estudios de prisditigitasión (¿se va osté acordando, so bengojí?) (Mientras hablan aparte Hermógenes y Eduvigis, lo hacen mimicamente Romea, Arana y Arturo.)

HERMÓG. (Á Eduvigis.) ¡Nos han conocido!)

EDUVIGIS. (Pues no caigo en cuenta.)

HERMÓG. (Hay muchas ratas y todas pardas.)

EDUVIGIS. (Pues á salir de una vez de esta situación.)

HERMÓG. (Es lo más acertado. Nos haremos los conocidos; que beban vino y se vayan de una vez.)

EDUVIGIS. (Bien pensado.)

ROMEA. Sacuerda osté cuando el Dispector del distrito...

HERMÓG. (Tapándole la boca.) Sí, hombre, sí. Ya caigo en cuenta... Justo... ¡Pa!... ¡Pa!...

ROMEA. Panarra, señó Mórgenes.

HERMÓG. ¡Hermógenes, hombre! ¡Hermógenes! ¿Y tú?

ARANA. ¡Guillao, señó!

HERMÓG. (¡Guillotinado te veas!)

EDUVIGIS. Ea, á beber.

ROMEA. ¡Viva la mairina!

ARANA. Y un poquiyo de fiesta. Aquí, mairina. (Dándole una silla.)

ROMEA. Comare Lagaitija, en baile. Tú, Churumbela, á vé esa boca e grasia qué nos laiga... Berrendiyo, vamos á vé uno de tus punteadiyos... (Hacen plaza para bailar. Según las proporciones locales y de la Empresa, se presentará para esta escena un cuerpo bueno de cante y baile flamenco, cantándose y bailándose á discreción las coplas y músicas populares que se tengan por conveniente. Acompañamiento de ¡bravos! palmas, etc.

ARANA. Un poquiyo e descanso y una ruea. Trasquilao, corre la batea... (Lo hace uno.) ¡Pero qué vino más malo! (Escupiendo y tirando la caña.) Esto é rejargá; cañas de á cuatro cuartos que sólo se beben en estas fondas pa engañá á los sirbantes que vienen á eyas.

CAMARERO. ¡Son de á real!

HERMÓG. ¡¡¡A real!!! cada buchito, y se han bebido ustedes ciento.

ARANA. ¿Se le ha arrugao á osté el ombligo po tan poca cosa?

ROMEA. ¡Guillao! Te veo mu entrometío. Tengamo la fiesta en paz.

ARANA. ¿No oye osté, compare? No me venga osté con infundio ni con provocasiones.

ROMEA. Ea, sacabó. ¡Plaza, señore! Aquí sobra uno é los dos!

ARANA. ¡A los arfileres! ¡Naide ma sujete, que no tengo pa empesá! (Romea y Arana se quitan los marsellés ó chaquetas cortas echándoselas al brazo izquierdo, y al sacar de las fajas navajas descomunales se arma la gran confusión, caída de muebles, desmayos. Don Hermógenes se mete debajo de una mesa. Doña Eduvigis corre confusamente, hasta que al sacar Arturo el rewolver se ampara de él.

ARTURO. ¡Orden, Señores, ó doy gusto al dedo!... Cerrad las navajas, ¡canallas!... ¡Venir á escandalizar y comprometer á personas tan dignas y honradas como son estos señores!... ¡A la calle todo el mundo, ó llamo á una pareja...

ROMEA. ¡Jasú qué desaborisión! Calle osté por Dió, que tenemos mucha cuenta pendiente con eso cabayeros...

ARANA. Vamos á pirarnos, pero...

ROMEA. No veremo.

ARTURO. Ea, ¡á la calle todo el mundo!... (Mutis Romea, Arana y acompañamiento.)

HERMÓG. ¡Á la calle, sí!... Si cojo un palo...

EDUVIGIS. (A Arturo.) Ha sido usted nuestro salvador. Si no está usted, nos mechan... ¡Ay!... ¡Qué gentuza!

HERMÓG. Gracias, caballero. ¡Cómo podré pagar!...

ARTURO. Ninguna deuda ha contraido usted conmigo. Es mi deber; y aun cuando no lo fuera, ha

nacido, en mí, una simpatía hacia ustedes que me impulsa á ello.

HERMÓG. (¡Gracias á Dios que tenemos alguien á nuestro favor!)

EDUVIGIS. (¡Y es simpático!... ¡joven y bien parecido!...) ¡y! (Con ridículo mimo.)

ARTURO. ¿Le pasa á usted algo?

EDUVIGIS. ¡Nada!... ¡Los nervios!... ¡tanta emoción!...

ARTURO. (¡Pues no sabes las que te esperan!)

HERMÓG. El no estar acostumbrada á estas impresiones... la vida tranquila de Madrid... sus frailes...

EDUVIGIS. Algo de eso, algo. (Se pone á leer en un periódico.)

ARTURO. A propósito, Don Hermógenes. Con el infernal barullo de esa gente no me he acordado entregar á ustedes esta carta que ha traído un sujeto, por cierto muy mal encarado. (Mutis foro.)

ESCENA XIV.

DON HERMÓGENES y EDUVIGIS.

HERMÓG. ¡Para mí!...¡ Un hombre mal encarado!... ¡Pero señor, qué cosas más raras me pasan la primera vez que he salido á viajar!... ¡Nunca sospeché que hubiese en Sevilla quien me conociera, y á la media hora entra preguntando por mí una legión de panarras, guilláos, lagartijas y churumbelas que me arman un cisco más grande que el de Madrid del diecinueve de Setiembre, bebiendo más vino, y de ¡á realito el buche! que bebe agua una vaca suiza. Esto es extraño, misterioso.

EDUVIGIS. ¡Aaaay! (Asombro en Hermógenes.)

HERMÓG. ¡Cuernos, mujer! ¿Qué te pasa ahora? ¡Para sustos no gana uno!

EDUVIGIS. Lee. Asómbrate.

HERMÓG. ¿Qué pasa para asombrarse? ¿Está Romero (1) en el poder?

EDUVIGIS. ¡Horrorízate!

(1) Quedan autorizadas las Empresas para reemplazar este nombre por otro que pueda ser de más oportunidad en la fecha en que se represente.

HERMÓG. Dame. Me horrorizaré. (Leyendo.) «Ha llegado á tal extremo la osadía de los célebres bandidos El Bizco del Borge y Melgares, que se asegura se encuentran en Sevilla, con ánimo al parecer de ver las cofradías y corridas de toros. La policía les sigue la pista muy de cerca.» (Hablado.) Pero no serán habidos. ¿Y te alarma esta noticia, pichoncita mía? ¿Qué podemos temer nosotros?

EDUVIGIS. ¡Hermógenes!

HERMÓG. Cá. Esa gente va á donde sabe que hay dinero en firme; pero nosotros... ¿cómo se han de figurar que traes en el seno diez mil duros, todo el efectivo con que nos cogió en casa, en billetes de á mil pesetas?

EDUVIGIS. ¡Calla, imprudente!

HERMÓG. Tienes razón. A veces hasta las paredes oyen.

EDUVIGIS. Pueden secuestrar nuestra hija.

HERMÓG. O á tí. (¡Maldito lo que me importaría!) Yo no sentiría que la secuestraran, sino que la... ocultasen tanto, que no pudiéramos dar con ella. Mas alejemos temores. Con prudencia y tomando precauciones...

EDUVIGIS. Me vuelven la calma tus palabras. Voy á seguir leyendo.

HERMÓG. Y yo la carta... (Abriéndola.) (No sé por qué tiemblo)... ¿Quién firma?... (Gran asombro.) ¡El Bizco del Borge!... ¡Melgares! ¡Ay!... ¡Ay!... la garganta se me seca... la voz se me extingue... ¡El Bizco!... ¡Melgares! (Temblando.) ¡Eduvigis!... ¡Eduvigis!

EDUVIGIS. Déjame, que estoy en una cosa muy chistosa.

HERMÓG. (¡No es mal chiste el que nos espera!)... ¡Ven, hija mía!... ¡Yo muero!

EDUVIGIS. (Levantándose.) ¿Cómo que mueres?... ¿Qué es eso?... ¿Qué te pasa?

HERMÓG. ¡Pues es nada lo del ojo y lo llevaba en la mano!... ¡Toma!... ¡Toma y entérate!

EDUVIGIS. (Exagerando conforme lee para sí). ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Que me va á dar!... ¡Que me dá!... ¡Que me dió! (Cae con un síncope en brazos de Hermógenes.)

HERMÓG. ¡Camarero!... ¡Camarero! ¡Agua!... ¡Agua!

ESCENA XV.

DICHOS, ARTURO y CAMARERO.

ARTURO. Son ustedes el rigor de las desdichas ¿Qué les ocurre nuevamente?... ¿Qué es eso? ¡Desmayada!... Chico, un vaso de agua... (Lo coge el camarero de una mesa.) ¡Señora!... ¡Señora!... ¡Animo!...

EDUVIGIS. (Volviendo en sí con marcada ficción.) ¡Ah!... ¿es usted? ¡joven interesante!... Ya no temo nada.

CAMARERO. ¡El agua!

EDUVIGIS. Bébasela usted.

HERMÓG. Venga... (Después de beberla.) Diremos como aquel: por la teta le irá.

ARTURO. ¿Quieren ustedes decirme qué demonios ocurre? No parece sino que el Averno se ha conjurado contra nosotros desde que han llegado ustedes.

HERMÓG. Lea usted, joven. Lea usted. (Le da la carta.)

ARTURO. (Leyendo la firma.) ¡Esto es grave, señor Don Hermógenes Quincoces!

HERMÓG. (Compungido.) Servidor de usted.

ARTURO. «Nuestro corresponsal en Madrid, persona de viso y prosopopeya, nos anuncia su salida para esta ciudad de Sevilla. Nos hace presente sn filantropía en favor del desgraciado, y como nuestra azarosa vida nos tiene exhaustos de recursos, nos obliga esta necesidad á suplicarle tenga preparados cinco míl duros, que iremos á recoger á la media hora de haberle sido entregada esta carta.—El Bizco del Borge.—Melgares.»

CAMARERO. ¡Cátate! ¡Pus es verdá!

HERMÓG. ¿Qué es verdad, hijo?

CAMARERO. Que yo he visto rondá la casa ende hase media hora un chavosito que tiene los ojos atravesáos como las contribusiones y er país que las paga.

EDUVIGIS. (A Arturo.) Angel tutelar, ¿qué hacer?

HERMÓG. ¡Consuélenos usted!

ARTURO. Mi opinión es que, sin perder instante, escriba

usted dos letras al Jefe de Policía incluyéndole esta carta, y así, aunque no lleguen en el acto de cometer algún desmán, por ejemplo, cortándole á usted (A Don Hermógeues.) la cabeza, que caigan en su poder un cuarto de hora después...

HERMÓG. ¡Ave María purísima!

EDUVIGIS. Bien empleado te estaría por crapuloso.

ARTURO. Caerán un cuarto de hora después en sus garras... Se lo aseguro.

HERMÓG. Y diga usted, ¿no sería mejor que los atraparan cinco minutos antes?

ARTURO. Ese es mi intento. Pero no hay que perder tiempo, porque es gente muy atrevida y temible.

EDUVIGIS. Entonces, ¿qué hacer?

CAMARERO. (Con recado de escribir.) Escribir. Aquí está er papé y er tintero.

HERMÓG. ¡San Marcos y San Cornelio! ¡Santos de mi devoción! ¡No desampararme! (Escribiendo.) «Señor Jefe de Policía. La adjunta carta le impondrá del riesgo que me amenaza. Espero, pues, que, en cumplimiento de su deber, y en alas de su celo. correrá á salvarme con todos los elementos de *seguridad* y *vigilancia* creados y por crear. — Hermógenes Quincoces.» — (Al camarero.) Toma, corre, y un realito de propina te sirva de espuela. Camarero mutis después de cruzar una mirada de inteligencia con Arturo.) Mientras tanto, Eduvigis, al cuarto, á formar barricada con baules, cama, mesa y todo cuanto pillemos.

ARTURO. Yo á la puerta de entrada para que no nos sorprendan mientras llega el socorro. (Mutis foro.)

EDUVIGIS. Desengáñate, marido: alguna infidelidad tuya al santo sacramento del matrimonio nos trae tanta desgracia, tanto infortunio. (Se presentan en la puerta del foro Romea y Arana disfrazados de bandidos con grandes pistolones y navajas. Hermógenes repara en ellos.)

HERMÓG. ¡Aaaa!... (Víctimas de un exagerado asombro queda el matrimonio en el centro del escenario, espalda con espalda y temblando. Romea se entretendrá en hacer como que cierra la puertas; y Arana, procurando durante toda la escena hacerse el Bizco, irá pausadamente á ellos amartilllando un pistolón anti-

guo. La vida de esta escena es la exageración de la mímica de imposición por parte de los fingidos bandidos y la de temor y asombro por el matrimonio.)

ESCENA XVI.

DICHOS, ROMEA y ARANA.

HERMÓG. (¡Mira qué ojos!) (Á Eduvigis.)
EDUVIGIS. (¡Parecen, por lo atravesados, dos aspas de molino de viento!)
HERMÓG. (¡Cómo bizquea!)
EDUVIGIS. (¡Pero viene derecho á nosotros!)
ROMEA. Guarda er chisme, Emilio.
ARANA. Verdá, Manuel. Paesen moros é pá.
ROMEA. ¡Tortolitos!... ¡A la pá é Dió!
ARANA. ¿Qué les ha pasao que forman grupo como Daoí y Velarde, ayá en er Prao de Madrí?
ROMEA. Asentarse. (Arrimando sillas.)
ARANA. ¡Sentarsus! ¡Vive Dió! (Da al mismo tiempo una patada en el suelo y el matrimonio se sienta maquinal, pero grotescamente. ¡Por la vía de los cincuenta y cuatro Guardias siviles que no hemo comío escabecháos!... (Se sientan, el matrimonio en medio, Arana junto á Hermógenes y Romea al lado de Eduvigis.
HERMÓG. (¡Jesús, qué tragaderas!) } (A la vez y santiguándose.)
EDUVIGIS. (¡Y yo que soy tan tierna!) }
ROMEA. ¿No oye osté, Don Espantajo?
HERMÓG. ¡Usted dirá, amigo!
ROMEA. Osté habrá recibío una carta nuestra.
EDUVIGIS. Sí, señor. Pero...
ARANA. Osté se caya, bachiyera. Osté no tié aquí voz ni voto. ¡Oye! ¡ve! y ¡caya! ¿lo entiende osté?
EDUVIGIS. Sí señor, sí. Seré una muerta.
ARANA. Conque Don Sigarrón. Er parné.
HERMÓG. ¿Cómo quieren ustedes que tenga tan enorme cantidad? Si me diesen tiempo para buscarla...
ROMEA. No nos venga osté con jonjana. Míe osté, entre estudiantes y sordáos...
HERMÓG. Sí, cumplimientos excusados; pero aquí no es cuestión de educación, sino de parné, como ustedes dicen, que no hay.

ARANA. ¡Oiga osté, sorro marruyero! Aun cuando osté chanela laigo, nosotro endiquelamos más; y si no fuera po está oña Infundio...

EDUVIGIS. ¡Eduvigis! (Con despecho.)

ARANA. ¿Te cayas, cotorra alicaída? (Hermógenes hace á su mujer señas de silencio.) Pus como íbamos isiendo, le había sacao er garlochí, que estará repleto de sentines...

HERMÓG. Usted dispense, caballero. No entiendo eso de garlochí.

ROMEA. Er corasón, so hebreo. Er corasón, que los prestamista como osté lo tienen convertío en portamoneas.

HERMÓG. No, señor. Toda mi vida he sido muy caritativo...

EDUVIGIS. Siempre dando dinero.

ARANA. ¿Te caya, royo é pergamino?

ROMEA. Ostés habrán dao parné, pero ar siento po siento y desbalijando infelices.

ARANA. Y comprando por na á los nicabaores (Hace señas de robar.) los parlos y trayas que le llevaban.

HERMÓG. Nunca he hecho eso.

ROMEA. ¡Cómo que no, mardesío! Si los prestamistas que como tú no tienen consiensia son más ladrones que nosotro mesmo, con la iferensia que nosotro exponemos la peyeja andando á tiro con los siviles y ostés los randas de poblasión (Signo de robar.) en pagando la contribusión, er seyo movi, y tapando con astusia y saber las trampas que de continuo jasen, roban ostés á mansarva á siensia y consiensia de la autoriá, poique saben ó les ayua er Bengui á escurrir er burto. Conque er parné.

HERMÓG. Caballeros, créanme ustedes: no tengo esa cantidad.

ROMEA. ¡Conque no, eh! Pus á mal dar, fumá. Emilio, echa tabaco.

ARANA. Se macabao. Pero aquí el amigo tié buenos vegueros. (Le saca del bolsillo del pecho unos puros, de los que da uno á Romea. Ambos sacan para picar descomunales navajas, mirando con dañada intención al matrimonio, que demostrará gran espanto.)

HERMÓG. (Creo en Dios Padre...) (Pausa.) (¡Cuánto tarda la policía, Eduvigis!)

EDUVIGIS. (¡Santa María!...) (Pausa.) (¡Llegarán tarde y con ruído!)

ROMEA. Pus ¿sabe osté una cosa, señó?

HERMÓG. (¡Que estás en los cielos!) Usted dirá, amigo.

ROMEA. Que he pensao darle una prueba é confiansa é cabayerosiá.

ARANA. ¿Te achicas, Manuel?

ROMEA. ¡Siquiea por los sacáis de esa mujé!

EDUVIGIS. (No tenemos precio las mujeres.) (Con coquetería.)

ARANA. Sea.

ROMEA. (A Hermógenes.) Oiga osté, camará: (Arturo al paño fóro preparado con rewolver.) esta noche á orasiones nos tié osté aquí po er parné ó por su hija Rosa, que sabemo é bocato é cardinale.

(Se levantan; pero Arturo hace como que les gana la acción rewolver en mano, arrinconándolos á la derecha y el matrimonio á la izquierda detrás de él, que se colocará al centro. Los fingidos bandidos demostrarán gran temor á Arturo, y el matrimonio alegría y muestras ridículas de confianza.)

ESCENA XVII.

DICHOS y ARTURO.

ARTURO. No mientras yo viva. Miserables, ¡quietos! ¡Ni un movimiento!... Si hasta ahora han quedado impunes vuestros crímenes, poco me importa, que no he de ser yo vuestro perseguidor; pero en lo que afecta á estos señores y su preciosa hija, á quienes yo protejo, estáis equivocados. Entregad las armas, y cuidado; que al más mínimo movimiento os despacho para el otro mundo. (Tiran las armas á los pies de Arturo.)

HERMÓG. (A Eduvigis.) ¡Qué valiente!

EDUVIGIS. (A Hermógenes.) ¡Ni el Cid Campeador!

ARTURO. A la calle; y como os vuelva á ver por los alrededores de la fonda... (Salen corriendo.)

HERMÓG. (Corriendo á la puerta.) ¡Berrr!... ¡Cobardes!... Corred, corred!... Si no viene usted, me los...

EDUVIGIS. Calla, fanfarrón... ¡Si eres un gallina!

ESCENA XVIII.

DON HERMÓGENES, EDUVIGIS y ARTURO.

ARTURO. Pasó el peligro, señores.

HERMÓG. ¡Cómo pagar á usted!

EDUVIGIS. ¡Joven generoso y valiente!

ARTURO. Señores, van ustedes á desvirtuar mi acción, si algo bueno ha tenido, con tanta exageración.

HERMÓG. ¡Cómo no! ¡Deberle á usted dos veces la vida!

ARTURO. (Con indiferencia.) ¡Bah!

EDUVIGIS. (Hermógenes, ¡qué gran partido para nuestra hija.)

HERMÓG. (No has pensado mal. Verías cómo impondría respeto á aquellos tunos.)

ARTURO. Y su señora hija, ¿cómo sigue?

EDUVIGIS. Más vale no haya presenciado escenas tan terroríficas. ¡Ella que es tan impresionable!

ARTURO. Sería conveniente la diera usted una vueltecita. Voy interín á dejar estas armas. Con su permiso. (Mutis.)

HERMÓG. Eche usted la tranca á la puerta.

EDUVIGIS. ¡Cobardón! Yo no tengo miedo mientras ese joven esté á nuestro lado. Piensa bien en lo que te he dicho. (Mutis.)

ESCENA XIX.

DON HERMÓGENES solo.

¡Qué penetración tienen las mujeres!... ¡Qué imaginación!... ¡Pero únicamente piensan con provecho para pescar marido!... Mi oposición á que Rosita se case es cuestión de parné, como decían esos... Mas si no la caso está expuesta... ¡El mundo está muy corrompido, y á cada paso salta un gazapo... ¡Los hombres somos el demonio!... ¡Hoy no se pára nadie en pelillos... ni en estaturas! ¡No se desprecian las liliputienses! Pues... de modo que cuando

menos piensa uno viene el gato y... zas... se lleva la sardina del plato. Mas ¿cómo me las arreglo?... ¿Voy á ser yo quien le diga ahí tiene usted mi hija?... ¡Canastos!... ¡Casos habrá, y de hecho hay, pero yo no... ¿Cómo arreglar que parta de él la iniciativa?... (Cavila.) ¡Ah! ¡ja! ¡ja!... Ya está aquí. (Se golpea la frente.) Le haré proposiciones para que se venga de dependiente mayor á casa. De esta manera juntaremos el fuego con la estopa, y el diablo soplará, y... y... si luego dice que nones, y me he metido yo en gastos de viaje, sueldo, etc., etc... ¡Diablo! ¡Diablo! ¡Qué situación más difícil!... Consultaremos con la almohada.

ESCENA XX.

DON HERMÓGENES, ARTURO, Jefes de Seguridad y Vigilancia.

El Jefe de Seguridad saldrá vestido de Comandante, el bastón de mando colgado del botón y en la mano sable y rewolver, exàgerando mucho su papel, y el de Vigilancia, tipo antiguo de policía. Entrada brusca del Jefe de Seguridad, que correrá de una á otra puerta.

HERMÓG. ¡Otra te pego! ¡Qué nos vendrá ahora!

ROMEA. ¡Por compañías! ¡Columna de ataque! ¡Carguen!

ARTURO. (Á Don Hermógenes.) Tranquilícese usted. Es la policía.

HERMÓG. (¡Muerto el burro, cebada al rabo!)

ARANA. (Con sorna.) Compañero, ¿va usted á cazar conejos en la camada con salvas?

ROMEA. ¡Fuego al que no se rinda! ¡A la bayoneta!

ARTURO. Señores, no molestarse; se han ido ya.

ROMEA. ¡Cómo que se han ido! ¡Servicio perdido!

ARANA. Anote usted, compañero: No han sido habidos. (Con intención.)

ROMEA. (Á Arturo.) ¡Usted me será responsable! ¡Le aplicaré la ley de secuestros! ¡Le fusilaré, y luego le pondré en el cepo de campaña!

HERMÓG. (¡Qué barbaridad!)

ARTURO. Ruego á usted, señor Jefe de Seguridad, se reporte y no confunda la fonda con un cuartel. Soy el primero en acatar y respetar la autoridad, por insignificante que sea, mas no consiento sus desmanes, inocentes ó intencionados.

ARANA. (Chúpate esa, nueva organización.) Esto no es nada, amigo mío. Exceso de celo. Sentémonos y hablemos todos con tranquilidad. (Se sientan.)

HERMÓG. (Este trae muleta. La policía exige mucho capote. Nada de: «por la derecha, alinear.» Este lo entiende.)

ROMEA. ¿Quién de ustedes es Don Hermógenes Quincoces?

HERMÓG. Un servidor.

ROMEA. ¡Luego usted ha escrito esta carta!... (Enseñándola.)

HERMÓG. Sí, señor.

ROMEA. ¿Dónde están esos bandidos?

HERMÓG. (Admirado.) ¿Y me lo pregunta usted á mí?

ROMEA. ¡Claro!

HERMÓG. Pues turbio. ¡Yo qué sé! Ellos han estado aquí. Han cumplido su palabra. Pero se han marchado gracias á la intervención...

ROMEA. Se han fugado por no haberlos usted amarrado...

HERMÓG. ¡¡¡Yo!!!

ROMEA. Sí, señor. Complicidad.

HERMÓG. ¡Esto me faltaba!

ROMEA. Sí, señor. De otro modo, imposible la fuga, porque tengo la casa cercada con un batallón de infantería, dos piezas de artillería y un escuadrón de lanceros.

HERMÓG. Pues velay. Se le han olvidado á usted los perros de presa.

ARANA. ¿Se convence usted, compañero? El alarde militar, para la guerra. Aquí astucia y... tragar saliva, cuando detrás de un buen servicio le venga á uno la cesantía.

ROMEA. Señor Quincoces, queda usted detenido.

HERMÓG. Está visto. ¡De Herodes á Pilatos!

ARTURO. Una palabra, señor Jefe. Creo ser de suficiente garantía para responder por el señor.

ARANA. De hecho.

ROMEA. Queda usted en libertad bajo la fianza del señor. (A Hermógenes.)

HERMÓG. Gracias mil, nuevamente, amigo mío. Pero, ¿quiere usted decirme de dónde nace ese interés, esa simpatía?

ARTURO. Amigo mío, hay ángeles de la guarda. Su hija de usted es el suyo Su belleza, su virtud.

HERMÓG. ¡Hola! ¡hola! Espere usted. ¡Eduvigis! ¡Rosa! (Llama.)

ESCENA XXI.

DICHOS, EDUVIGIS y ROSA.

EDUVIGIS. ¿Otra más? ¿Quiénes son estos señores?

HERMÓG. La autoridad, que venía por esos tunos.

EDUVIGIS. Pues han llegado ustedes tarde. (Como de costumbre.)

ROMEA. Tuvimos que reconcentrar fuerzas.

ARANA. (O lo que es lo mismo, anunciar el ataque.)

HERMÓG. Otro nuevo favor de este caballero.

EDUVIGIS. ¿Qué peligro más has corrido?

HERMÓG. La prisión, y me ha garantido...

EDUVIGIS. (¡Cuando te digo que conviene!)

HERMÓG. (Para eso te llamo.) Este joven, guiado por amor á nuestra hija, ha hecho imposibles por nosotros... Ven, Rosa... ¿Te agradaría para marido?

ROSA. ¡Cómo no, si hace un año nos amamos en secreto!

HERMÓG. ¡Zapateta!

EDUVIGIS. ¡Mire usted la mosquita muerta!

ROSA. ¡Mamá! (Implorando.)

ARTURO. ¡Señora! ¡Perdón por el secreto de los amores y los malos ratos que hoy les he hecho pasar. Todo lo ocurrido es falso, pura invención para inclinarles, como lo hemos conseguido, á que acepten nuestras relaciones.

HERMÓG. De modo que el Bizco, los chulos, lagartijas, churumbelas, berrendos, guilláos y toda la taifa...

ARTURO. Todo preparado con el concurso de estos buenos amigos.

HERMÓG. ¡También!

ROMEA. (Quitándose lo postizo.) Todo pura comedia.

ARANA. (Idem.) Desempeñada en pró de la felicidad de un buen amigo nuestro.

EDUVIGIS. Pero ¿quiénes son ustedes?

ROMEA. Aqui, mi amigo, el actor Don Pedro Ruiz Arana; y su servidor, Julián Romea, que tenemos el honor de ponernos á sus pies.

HERMÓG. Con razón tienen ustedes adquirida justa fama de actores consumados.

ARANA. Galantería y favor de usted y del público que nos honra con su asistencia.

EDUVIGIS. Diga usted, ¿y aquellas palabrotas de estantigua, rollo de pergaminos, etcétera, etcétera?

ARANA. Señora, no hablaba el corazón, al que á su pesar se le imponía el carácter del actor.

HERMÓG. Ea, niños: dáos las manos, y contad con veinticinco mil duros.

EDUVIGIS. Y con mi bendición.

ARTURO. (Al público.)

Todos piden un aplauso,
yo voy á pediros dos:
uno, para mis amigos;
el otro, para el autor.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado,* calle de Esparteros, 11; de *Guttenberg,* calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *Escribano y Echevarría,* Plaza del Angel, 12; de *Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martín 2, y *Sres. González é hijos,* Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné,* 15, rue Monsigni, PARIS. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle,* Praça de D. Pedro, LISBOA; y *D. Joaquín Duarte, de Mattos Junior,* rua do Bomjardin, PORTO. ITALIA: *Cav. G. Lamperti,* Via Ugo Fóscolo, 5, MILÁN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio UNA peseta.